

Pau Rausell Köster *

Un bolero de corrupción

AUNQUE el debate ya resulta cansino, demos otra vuelta al tema que nos ofrece la agenda de los medios de comunicación, intentando mostrar otra posibilidad de análisis sobre el fenómeno de la corrupción. Después del turno de literatos, filósofos, obispos, periodistas, ningún daño puede hacer la aportación de un economista. En principio, la pregunta es: ¿son corruptos los políticos?

Rechazando teorías milenaristas de declive moral tan al uso, y si suponemos que en el conjunto social los individuos se distribuyen de manera normal (en sentido estadístico) entre egoístas a ultranza y venerables altruistas, es razonable que la mayor parte de la sociedad nos encontremos en una posición intermedia, es decir, honestos en sentido genérico, pero también susceptibles de sucumbir a corruptelas menores en momentos y coyunturas concretas. Robar bolígrafos en unos grandes almacenes o no hacer notar que nos han devuelto mal a nuestro favor en el quiosco de la esquina, son pecados veniales en esa religión de la virtud pública que todos confesamos profesar. Una vez aceptada esta descripción, y dada la naturaleza de la actividad política, que consiste en la gestión y defensa de los intereses colectivos, podemos deducir que la política atraerá a dos tipos de individuos: a los más altruistas; es decir, a aquellos verdaderamente interesados por el bienestar colectivo y a los más egoístas; es decir, a aquellos que vislumbran la posibilidad de utilizar en su provecho, a través de conductas inmorales, los fondos públicos. De esta manera, en el mundo de la política los dos extremos de nuestra curva normal estarán sobrerrepresentados. El modelo ideal de cualquier sistema político sería aquel que tuviera la capacidad de minimizar los comportamientos autointeresados y la virtud de atraer a la máxima cantidad posible de individuos altruistas (y si encima son altruistas competentes, mejor). Para reducir los efectos de los políticos corruptos es evidente que a mayores controles (parlamentarios,

mayor democracia, instituciones de control, prensa libre e independiente, mayor transparencia), menores riesgos, pero hay que tener en cuenta que el control tiene un coste, y puede ser que un sistema de gestión público sea más eficiente, situándonos en un punto superior de aprovechamiento de los recursos colectivos, con un grado determinado de discrecionalidad, aun asumiendo el riesgo de que es más fácilmente presa de comportamientos corruptos. Así, habría que localizar el punto exacto entre control y discrecionalidad.

Para atraer a los individuos altruistas al ejercicio de la política hay que tener en cuenta que cualquier individuo, aun poseyendo un sentido del bien colectivo muy elevado, requiere, si no compensaciones de tipo monetario, y a menos que busque ciertas compensaciones ultraterrenales, cierto reconocimiento social de la labor que está realizando. Ser visto con respeto por los compañeros y amigos, ser admirado por la portera de su finca y ser tratado con cariño por los funcionarios a su cargo es condición necesaria para que un buen individuo se dedique a preocuparse y gestionar nuestro patrimonio colectivo. Si no es así, utilizará su altruismo para otras causas, como las ONG, la asistencia social, la religión o la plataforma del 0,7.

A partir de estas premisas, podemos extraer algunas conclusiones interesantes:

— Es evidente que los partidos que están en el poder, o que pueden acceder a él, contarán entre sus filas a más individuos corruptos que los partidos que no tengan ninguna posibilidad de acceder al Gobierno (si no fuera así, deberíamos deducir que los corruptos, además de ser corruptos, son incompetentes).

— Es bastante probable que las nuevas generaciones de políticos cuenten entre sus filas a más individuos corruptos que la generación de políticos que realizó la transición, ya que entonces entrar en política tenía unos costes elevados (clandestinidad, dedicación plena y absoluta en mo-

mentos de mucha agitación social, escasa remuneración) y, por tanto, no resultaba atractivo para los corruptos.

— Ante un clima de percepción social hostil (es decir, donde los políticos no son percibidos con calidez humana), menos individuos altruistas y más personajes corruptos participarán en política. Por tanto, un cambio de políticos provocado por un ambiente de corrupción generalizada y reducida consideración social a la figura de los políticos no garantiza la reducción del número de políticos corruptos.

— La limitación de la duración de los cargos políticos sólo afecta a la corrupción en el sentido que limita el tiempo que tienen los políticos corruptos para aprender cómo superar los controles que impone el sistema para evitar la corrupción. Pero estar más o menos tiempo en el poder no convierte a los altruistas en corruptos o viceversa.

— Cuanta mayor carga ideológica tengan los partidos, mayor capacidad de atracción tendrán sobre los altruistas (que obtienen compensaciones teleológicas). Por tanto, partidos tecnocráticos contarán entre sus filas a menos políticos altruistas. De aquí se podría deducir que a mayor polarización política, menor corrupción y viceversa.

Algunos corolarios más se podrían extraer si aceptamos la argumentación inicial, pero la conclusión más significativa es la posibilidad de que la corrupción se convierta en un círculo vicioso; a mayor corrupción, mayor hostilidad social, menos individuos altruistas se acercan a la política y, por tanto, mayor proporción de corruptos puede provocar más corrupción.

Para evitar este derrapaje, artícu-lemos en primer lugar el nivel adecuado de controles y después, por favor, cuando se crucen con un político, trátenlo con cariño, quíeránlo y mírenlo con rostros de admiración, para que la política se convierta en una profesión atractiva para los muchos altruistas que esta sociedad contiene. Y no es cinismo, es por el bien de todos.

* Profesor del Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de Valencia.

Pilar Cernuda

Telegramas amenazantes

VAYA país el que nos ha tocado en suerte, vaya país. **Javier de la Rosa**, desde la cárcel, envía telegramas amenazantes: «*Aún estoy en la cárcel*», con destinatarios de lujo, el Rey, **Felipe González**, **Jordi Pujol**, **Miguel Roca** y **Rodrigo Rato**. ¿Qué pretende ese experto en la ingeniería financiera trapacera? ¿Meter el miedo en el cuerpo a esas cinco personalidades? ¿Chantajear, una vez más, con contar lo que sabe? ¿Y qué sabe? Que lo diga cuanto antes, que estamos deseando escucharle, aunque tendremos que hacer todos un esfuerzo considerable para creer a quien ha puesto a sus empresas como las ha puesto y ha vivido de los pinchazos telefónicos, ilegales, y los dossieres sobre la vida privada de los españoles con vida pública. Nos damos por enterados de que está en la cárcel. Y que siga lo que según el juez crea que debe seguir; otros, por mucho menos, llevan años en Carabanchel y la Modelo.

Pujol, sin chantajear abiertamente, ha conseguido que el Gobierno aplase *sine die* el proyecto de ampliación del aborto. Huele a que el PSOE no quiere arriesgar el pacto que le permite a González continuar en la Moncloa. Una vez más, Pujol gana la batalla, a pesar de los nervios que le deben producir De la Rosa, **Alavedra**, **Cullell**, **Duran i Lleida** y hasta **Miguel Roca**, que anda en vilo pensando que a lo peor **Maragall** conserva la alcaldía y le deja a él sin escaño en Madrid y con una derrota que podría poner fin a su carrera política.

Por si fueran pocos los males en este país nuestro, el jefe del Gobierno y el jefe de la oposición se van a Méjico y hacen el numerito de que no viajan juntos porque no se hablan. Vaya espectáculo están dando ambos a dos. Uno y otro muestran estos días la peor parte de su cara, la más hosca, la más imperfecta. Y como todo tiene un remate, al mal clima político se suma el mal clima periodístico. No ha hecho falta que González hablara de los sindicalismos de la profesión para que en la profesión se cruzaran los sables. Al contrario, la alusión al *sindicato del crimen* ha producido un milagroso estado de consenso y solidaridad que no se veía desde hacía mucho tiempo. Pero se acabará en días, porque el estado natural del periodista español en el último año es el del cabreo permanente. No contra el presidente del Gobierno, aunque el cabreo es mucho, sino fundamentalmente contra el compañero de al lado, la empresa de enfrente, la propia y el columnista con el que comparte pá-